

La buena voluntad

Tu osadía y tu resolución no te dan ningún derecho a quedarte con lo que otros necesitan. Ni siquiera tu esfuerzo titánico o tu voluntad inquebrantable pueden darte ese derecho. No valen más que la habilidad de ese carpintero o la dedicación de ese labrador; no son mejores que la abnegación de una madre o los versos de aquel poeta. Todos aportamos, todos construimos el mundo. No serías nada ni nada podrías si no fuera por nosotros. Tu poder, tus conquistas y tus cuentas de resultados dependen del esfuerzo callado de muchos. □Tu propia existencia como ser humano depende de tantos!... Puedes creerte mejor o más imprescindible, pero si sobra alguien eres precisamente tú. Lo que tú haces lo haría cualquiera, o lo haríamos todos. No requiere mucha ciencia, y aún menos sabiduría. Pero lo haríamos de otra manera, porque no podemos ser como tú... □no queremos ser como tú! Nos gusta más la palabra cooperación que la palabra competitividad; mucho más que individualismo, solidaridad; nos seducen el apoyo mutuo y la generosidad, pero el afán de riesgo y la competencia no nos dicen nada. Si te fueras no se pararía el mundo... pero te invitamos a que te quedes.

Carta abierta a un «amo del mundo»

Suelen tomarse de la naturaleza las pruebas más incontestables para fundar el elogio de la competencia. Allí donde los individuos medran y luchan la evolución avanza, se perfecciona. Donde no hay más ley que la que es capaz de imponer la fuerza todo acaba ordenado y equilibrado. Y la hegemonía de lo que tiene más fuerza es buena en sí misma porque preserva lo mejor, condenando y extinguiendo lo peor. He aquí la falacia naturalista a partir de la cual se fundamentan todas las teorías sociales y políticas que encuentran en el orden natural el mejor canon para inspirar las leyes de los hombres. Favorézcense el individualismo y la libre competencia y el mundo será cada día un poco más perfecto.

Sin embargo, esa falacia no solamente es objetable desde su propio enfoque, puesto que lo fuerte no es lo más evolucionado (nadie diría que el Tiranosaurus Rex es el ser más perfecto que ha poblado la Tierra), ni el éxito evolutivo margina el espíritu de concordia (los insectos sociales llevan algunos cientos de millones de años contándose entre las especies más prósperas), sino que es fácil observar cómo, se mire hacia donde se mire, en el universo físico en el que nos movemos el paso de lo simple a lo complejo, del caos al orden, de lo inerte a lo animado, de lo condicionado a lo libre tiene un factor posibilitador ineludible: la cooperación mutua. El orden natural que conocemos se pliega al requisito de la unión entre individuos para alcanzar unidades más perfeccionadas y con más posibilidades; desde el átomo de hidrógeno hasta el cerebro humano. Tal vez en otro Universo, sujeto a otras leyes, las cosas pudieran ser de la forma en que se nos dice que son; pero no en el nuestro. ¿Habría algo distinto de una sopa amorfa de materia y energía si el átomo no hubiera querido ser molécula; si ésta rechazara su destino como parte del ADN; si éste no se sintiera a gusto dentro de la célula; si la célula no quisiera ser órgano; si los órganos se negasen a asociarse entre sí...?

Todo progreso, tanto orgánico como inorgánico, está basado en la «cooperación», en la unión de fuerzas individuales para conseguir una fuerza mayor y, en ocasiones, distinta. Sin las fuerzas que unen, verdadero impulso de la dinámica cósmica, la energía nunca se habría organizado en

materia, ni ésta se hubiera hecho compleja, ni la vida habría aparecido, ni mucho menos el hombre hubiera sido posible. Pero tampoco tendríamos lenguaje, ni cultura, ni civilización, ni nada de nada. Así pues, y aunque no tiene mucho sentido seguir insistiendo por este terreno, conviene dejar claro que la falacia naturalista por la que se nos invita a luchar y a mirarnos el ombligo para perfeccionar el mundo, es completamente contraria a lo que de verdad lo perfecciona.

Desde luego, eso que llamamos amor humano, una forma sofisticada de apoyo mutuo mediatizada por la conciencia reflexiva, pertenece a un estadio evolutivo posterior al de cualquier otra facultad puesta en juego por la naturaleza. Como ya hemos dicho, sin un fuerte impulso a cooperar nuestra especie no hubiera sido capaz de abandonar su estado de predeterminismo biológico y comenzar a ser verdaderamente libre. Lo uno vino por lo otro. La afirmación espontánea y soberana a través de los instintos hubo de ser dejada de lado para tener acceso a una función muy superior, un auténtico salto cualitativo de alcance similar al que supuso la propia aparición de la vida. Ninguno de nuestros antepasados eligió dar ese gran salto; la naturaleza eligió por todos, tal vez porque ya iba siendo hora de tomar conciencia de su obra, de saber un poco de sí misma. En todo caso, una vez ese salto tuvo lugar, algo completamente nuevo hizo su aparición en el gran teatro del mundo.

De un modo u otro ha sido el amor lo que nos hizo posibles. Sin él quizás hubiésemos sido capaces de desarrollar un cerebro de 1.800 cm³, usar herramientas y dotarnos de alguna forma rudimentaria de lenguaje, pero la humanidad nunca la hubiéramos alcanzado. El amor fue, he de decirlo una vez más, el gran invento del cosmos; algo sin lo que la libertad nunca habría conseguido salir adelante. Y conste que hablo de amor, de ese sentimiento difuso de apego a todos los seres humanos que nos impulsa a tenerlos en cuenta, comunicarnos con ellos, ayudarlos cuando nos necesitan, compartir una suerte común y lanzarnos juntos a conquistar el futuro. No se trata de un impulso modelado por la evolución e inscrito en los genes para incrementar las posibilidades de éxito adaptativo al modo de lo que hace que las hienas vivan en jaurías o de lo que organiza la vida social de las abejas. El amor es la fuerza de unión que hace posible lo humano como las fuerzas nucleares fuerte y débil posibilitan la organización de la materia. Y surgió de una forma tan misteriosa como surgieron éstas.

Toda la historia atestigua que la ley del amor, antítesis de la ley de la violencia, en modo alguno es impotente para mover el mundo. Sin embargo, mirar a nuestro alrededor y encontrar hombres y mujeres entregados a la búsqueda de pequeños placeres y vanos honores; observar cómo cunden el orgullo y la envidia, los rumores malintencionados, los celos, la animadversión y la burla, es todo uno. Tal vez habría que empezar por limpiar la mirada. Porque si contemplamos la realidad desde donde se nos dice que lo hagamos, si el hombre fuera ese fuste torcido del que no es posible sacar nada recto, si la doctrina del amor sólo es un apaño de místicos y resentidos para soportar una vida menguada y cobarde, si la ambición humana está detrás de todo progreso y avance de la historia... ¿Cómo no dar infinitas gracias a la *creación* por ser tan benévola con nosotros y permitirnos seguir adelante en medio de tanta torpeza y afán destructivo?

El pensamiento político, la filosofía moral y la ciencia histórica han construido siempre sus análisis alrededor de las gestas de hombres ilustres, famosos o notables. Sólo la selecta minoría de quienes estuvieron sumergidos en la lucha por el poder y la gloria ha sido tomada en consideración. ¿Qué concepto puede extraerse del ser humano si sólo nos han contado las hazañas y fechorías de los más ambiciosos? ¿Qué poco han llamado la atención, por el contrario,

las gentes sencillas y anónimas, reducidas a simples guarismos con los que ilustrar los grandes acontecimientos!

Con el cristianismo se inauguró el deporte favorito de los pensadores occidentales: acusar a las masas no sólo de sus propias desgracias, sino de todo de cuanto malo hay sobre la faz de la Tierra. La doctrina del pecado original, tal y como fue fijada en el Concilio de Cartago (año 393 de nuestra era), establecía la noción de una corrupción fundamental de la naturaleza humana. Y de ese viejísimo arcano ni la Ilustración fue capaz de zafarse. El paganismo nunca tuvo al oprimido o al esclavo por un ser marcado de nacimiento, sino por un contendiente sojuzgado. Su culpa no era la de estar maldito, sino la de no ser lo bastante fuerte. Pero a partir del cristianismo el hombre deja de ser la cumbre de la creación, sólo superado por los dioses, para convertirse en un saco de bajezas e imperfecciones. Desde entonces únicamente los *excelentes*, nobles de cuna o de carácter, son capaces de elevarse por sobre la *canalla* y poner un poco de orden en semejante tropel. Acusadas unas veces de ignorancia, otras de ligereza o desenfreno, casi siempre de pereza e invariablemente de rencor hacia los fuertes, las masas forman parte del *pasivo* de la gran empresa histórica reservada a los ilustres; muchedumbres siempre a punto de desbocarse, incapaces de dar un solo paso sin la tutela de los *grandes* hombres.

La verdad, sin embargo, está en las antípodas de ese modo de escribir la historia. Los avances de la humanidad no han sido gracias a los *grandes* hombres, sino a pesar de ellos y sus ambiciones. A la gente de bien siempre le ha tocado llorar a los muertos y reconstruir lo devastado por los egos insaciables. Si no hubiera sido por el contrapeso de la buena voluntad, por infinitas toneladas de buena voluntad, la civilización no hubiera pasado de un patético amago. La ecuación no puede ser más simple: hacen falta cien buenas voluntades para vencer a una sola mala voluntad. Hay una especie de ley de la entropía cultural que hace que las fuerzas necesarias para lograr un pequeño avance sean mucho mayores que las que son necesarias para deshacerlo. Es algo parecido a lo que ocurre con la entropía física: apenas hace falta energía para abrir la mano y dejar caer una copa de cristal que se hará añicos; piénsese en toda la que hizo falta para producirla. Sin embargo, siguen sin tomarse en cuenta todos esos millones de seres que, desde la retaguardia y el anonimato, y sin otro motor que el de la esperanza y otra fuerza que la del amor, han construido el mundo.

La historia pasa de puntillas por la fuerza de lo normal, o sea, de lo bueno. Estamos programados para atender a lo extraordinario, a lo que puede ser una amenaza por no entrar dentro de lo previsto. Hay una economía de la energía vital que nos impide responder indiscriminadamente ante cualquier estímulo. Por eso atendemos antes a la traición, el robo o el asesinato que a los infinitos pequeños actos de tolerancia y aceptación que hacen posible la convivencia. Los cronistas que escriben la historia no son ajenos a este principio. También ellos seleccionan lo extraordinario (esto es, lo amenazante, lo peligroso) y, a partir de ahí, deducen que los hechos sociales y culturales se derivan de lo peor que puede dar de sí la condición humana: ambición, guerras, conspiraciones, masacres, traiciones... Es así como se gesta la falacia de la maldad y se deja de creer en el hombre.

Es una tentación muy fuerte odiar al género humano. Y lo es por dos razones: por un lado es tanto el mal que estamos obligados a soportar a lo largo de nuestra vida, tanta la crueldad, la sinrazón y la injusticia, que nos parece imposible que todo ello no venga ya inscrito de algún modo en nuestra naturaleza; y por otro, la imputación a todos los demás de nuestra propias bajezas hace que nos sea mucho más llevadero cargar con ellas.

El *infierno* somos todos, o todos podemos terminar siéndolo; pero también todos podemos ser el *paraíso*. Que las distintas tendencias humanas estén presentes en todo individuo cual semillas prestas a germinar si se dan las condiciones adecuadas no es sinónimo de que todos seamos moralmente iguales. Del hecho de que cualquiera pueda *ser el infierno* no se deduce que ya estemos todos achicharrados. El gran error de la filosofía política de todos los tiempos ha sido adherirse ciegamente al punto de vista del poder, según el cual todos los seres humanos son igual de malvados. Ahora bien, si la burda *lógica del ventilador*, según la cual la inmundicia debe salpicarnos a todos para esconder la indecencia de unos pocos, ha sido no sólo acatada sino incluso revestida de rigor filosófico y científico por personas instruidas e inteligentes, ha sido porque, como decía Bertrand Russell, “la injusticia colma el mundo; y quienes se benefician de ella están en condiciones de distribuir recompensas y castigos, siendo las recompensas para los que son capaces de inventar ingeniosas justificaciones de la misma”. La filosofía política, excepto notables excepciones, ha consistido siempre en buscar los argumentos más sutiles y resolver las ecuaciones más inverosímiles para demostrar que todos somos malvados y que sólo las circunstancias favorables o un carácter excepcional permiten que unos suban mientras otros se arrastran impotentes. Después, por arte de una misteriosa alquimia, toda esa maldad a la que nadie escapa se transmuta en beneficio para todos: orden, seguridad, racionalidad, progreso, prosperidad...

...Pero yo he mirado a los ojos de mi hija y he visto más; la he contemplado mientras se formaba lentamente su sonrisa, como si de un instante eterno se tratara, y he visto mucho más. Y también he visto mucho más en tantos y tantos rostros amables, serenos a veces, otras inquietos o temerosos, pero siempre limpios de maldad. Y si acaso no lo estaban he sabido que mi mirada era capaz de limpiarlos, embellecerlos porque sí. Pero cuesta tanto! Hay que soltar tanto lastre!

La buena voluntad está por todas partes, pero quien se la ha negado a sí mismo se empeña en negársela a los demás. Y a los demás nos cuesta tanto verla como a quienes nunca creyeron en ella. No nos queda otro remedio que limpiar la mirada e interrogar sin prejuicios el rostro del «otro». Porque si no es a través del rostro, si no es mirándolo a los ojos serenamente, sin ánimo de avasallar²lo ni miedo a ser retados, ¿cómo redimir al género humano?, ¿cómo volver a creer en el hombre?

Forma parte de la experiencia de todos, porque el «espécimen» afortunadamente abunda, haber conocido a un hombre o a una mujer auténticamente *humanos*. Seres que agigantan su impulso vital dándose a los demás hasta que su vida es tan exuberante que inunda todo cuanto les rodea. Seres en permanente estado de alegría, apasionados del prójimo, de una generosidad inagotable, positivos hasta lo increíble, sin un no por respuesta, inquebrantables ante la adversidad, regalando a manos llenas toda esa vida que les sobra. Posiblemente ese exceso vital se alimente de sí mismo y se refuerce constantemente en una especie de *círculo virtuoso* del amor. Creo que nadie es capaz de concebir mayor héroe. ¿Por qué son tan admirables los *dadores de vida*? Pues nada más y nada menos porque culminan la maravillosa obra del Universo, encarnando sus dos logros más sublimes: la bondad y la libertad. Siendo que sólo ellos pueden ser considerados personas felices. Quien ha logrado la felicidad es, por fuerza, el más admirado de los seres, puesto que ha culminado el proyecto que todos llevamos grabado en el corazón.

Resulta paradójico comprobar cómo, en una suerte de círculo que termina cerrándose en el mismo punto en el que tuvo su origen, el *homo sapiens* vuelve a tener que elegir entre amar o morir. Al principio de los tiempos nuestra especie, para dar un salto evolutivo sin precedentes, tuvo que ir renunciando a muchas de sus ventajas adaptativas: bajar de los árboles (poniéndose al alcance de muchos más depredadores), adoptar el bipedismo (perdiendo velocidad para la huida), incrementar el volumen craneal (dificultando el parto); alargar el tiempo de cría (perdiendo flexibilidad adaptativa); modelar la cavidad bucal para favorecer la fonación (desapareciendo la función agresivo/defensiva de dientes y mandíbulas), etc. Sin el apoyo mutuo nunca habiéramos podido compensar esa pérdida de *competitividad* para adaptarnos, sin apenas defensas naturales, a un mundo extremadamente hostil. Apenas una docena de generaciones habiéramos durado si la ley del amor no se impone a la ley de la violencia.

De nuevo, como cuando no tuvimos más remedio que *caminar juntos* para vencer un destino incierto, las circunstancias han vuelto a ponernos ante un dilema similar. Las amenazas que se ciernen sobre nuestras posibilidades de supervivencia en el mundo actual, si bien generadas por nosotros mismos antes que por condiciones de la naturaleza, nos obligan como entonces a aferrarnos una vez más a esa capacidad para unir fuerzas que es la bondad humana, la compasión por los demás, el querer el bien de todos antes que el propio bien. No hay otra salida, como en nuestra *primera infancia* tampoco la hubo. Ahora más que nunca la opción, como ya advirtiera Hannah Arendt hace casi 50 años, es entre la solidaridad de la humanidad común o la mutua destrucción. Si para salir de la encrucijada en la que nos encontramos elegimos lo que nos ha llevado a ella, esto es, la violencia a través de la codicia y la competitividad, habremos demostrado ser la especie más estúpida de cuantas hayan poblado nunca este mundo. O más bien habría que decir que la fuerza de los brutos ha llegado a tal magnitud que,elijamos lo que elijamos todos los demás, nuestro destino está ya sellado.

1 Podrían considerarse la ciencia y el arte excepciones a esta regla, puesto que detrás de los grandes descubrimientos científicos y de las más espléndidas obras de arte casi siempre ha habido egos hipertrofiados, deseosos de gloria y reconocimiento. Sin embargo, es indudable que la simple ambición nunca es suficiente para avivar la llama que alimenta el genio creativo y, en todo caso, las cumbres innovadoras o creativas a las que son capaces de llegar determinados espíritus privilegiados sólo son las rocas que coronan montañas levantadas previamente por innumerables personas sencillas con su quehacer infatigable y su cuidado de las cosas. En esto, como en tantas otras cosas, son los lazos humanos que tejen la comunidad los que permiten que el saber se vaya acumulando, que la cultura se vaya perfeccionando. Quien haya de poner la última piedra en esas montañas de progreso es irrelevante en comparación con el hecho de que las montañas hayan sido levantadas.

2 No es un mero dato anatómico que el *homo sapiens* posea cuarenta y seis músculos faciales para poder expresar sus emociones con una infinita riqueza de matices. ¿Para qué tanto detalle si en todos los demás mamíferos superiores, incluidos nuestros parientes más próximos, basta con unas cuantas muecas para expresar lo único que les permite su repertorio de pautas innatas: agresión y apaciguamiento? En un contexto básicamente competitivo no se necesita nada más. Sólo la adquisición de una facultad radicalmente distinta a todo lo conocido hasta entonces, con sus propias necesidades expresivas y su universo de posibles insospechados, le confiere sentido a tamaño derroche de fuerzas evolutivas. El rostro, mucho antes que el lenguaje, le sirvió a nuestra especie para que los individuos pudieran decirse unos a otros: “¡eh, mírame!, soy igual que tú y te necesito; llevo dentro de mí lo mismo que tú llevas y me gustaría compartirlo contigo. ¡Hagamos algunas cosas juntos!”

